

SUMARIO

Crear dinero.—La Junta de accionistas del Banco Exterior de España.—Crónica de Aragón.—Notas ferroviarias.—Bolsa de Bilbao.—Crónica de Bilbao.—Notas bancarias.—Bolsa de Barcelona.—Crónica industrial y comercial de Barcelona.—Notas marítimas y pesqueras.—Crónica de Santander.—Boletín del Seguro. Crónica valenciana.—Campos y mercados.—Boletín de propietarios y constructores.—Boletín minero y metalúrgico.—Información y crónica.—Situación de las Bolsas.—Madrid.—Provincias.—Extranjero.—Guía del capitalista.—Anuncios oficiales.

NOTA.—Se prohíbe la publicación de los trabajos de esta Revista si no se cita su procedencia.

Cambios de moneda extranjera

INSTITUTO ESPAÑOL DE MONEDA EXTRANJERA

Cambios de compra y venta de monedas, publicados de acuerdo con las disposiciones oficiales:

	Divisas procedentes de exportaciones		Divisas libres importadas voluntaria y definitivamente
	COMPRA	VENTA	COMPRA
Francos.....	20,50	21,00	23,60
Libras.....	40,50	41,50	46,55
} Clearing.....	38,10		43,80
} Extraclearing.....			
Dólares.....	10,95	11,22	12,56
Dólares billetes.....	6,60		7,60
Liras.....	57,60	59,03	
Francos suizos.....	253,00	259,35	290,95
Reichsmark.....	4,24	4,34	
Belgas.....	—	—	—
Florines.....	—	—	—
Escudos.....	43,50	44,60	50,00
Peso moneda legal.....	2,53	2,60	2,90
Coronas suecas.....	2,60	2,66	
Coronas noruegas.....			
Coronas danesas clearing.....	221,35	226,90	

NOTA.—Las divisas no cotizadas deberán remitirse al Instituto Español de Moneda Extranjera en gestión de cobro.

(Sin variación con respecto a la semana anterior)

LONDRES

Cambios oficiales.—Nueva York, 4,02 1/2 y 3 1/4; Monreal, 4,43 y 47; Suiza, 17,30 y 40; Lisboa, 99,80 y 100,20; Indias holandesas, 7,58 y 62; Estocolmo, 16,85 y 95; Buenos Aires, 16,9575 y 17,13; Panamá, 4,02 y 04.

Cambios libres.—Madrid, 46,55 voluntario, 40,50 oficial; Alejandría, 97,3/8 y 5/8; India, 1/5, 15/16, 1/6 y 1/16; Congo belga, 176 1/2 y 3/4; China (nacionalista), dólar, 2 3/4 y 3 3/8 peniques.

Cambios de billetes de Banco.—Nueva York, \$ 4,11; Buenos Aires, 17,70; Monreal, 4,54; Portugal, 102; Filipinas, 8,30; Bélgica, 123 francos.

ZURICH

Madrid, 40 papel; Londres, 17,27; Nueva York, 4,31; París, 9,57; Milán, 22,66 1/4; Berlín, 172,55; Budapest, 104,50; Sofía, 5,40; Bucarest, 2,50; Lisboa, 17,75; Buenos Aires, 94; Tokio, 101.

NUEVA YORK

París, 2,31; Milán (5,26 1/4); Londres, 4,0375; Berlín (40,05); Zurich, 23,30; Estocolmo, 23,85; Madrid, 9,20; Río de Janeiro, 5,16; Buenos Aires, 23,75; Helsingfors (200); Budapest (19,85); Canadá, 89,12; Bucarest (53).

Crear dinero

Para adquirir un claro concepto de lo que el dinero representa tendríamos que conocer economías sin dinero. Por desgracia o fortuna, el dinero se inventó antes que la Historia. Resultado: las economías sin dinero, al igual que los pueblos felices, no tienen historia.

Sólo cuando cada cual vive como puede de su propio trabajo, o cuando los individuos se limitan a establecer cooperaciones circunstanciales para la caza o la pesca, repartiéndose luego el propio producto obtenido, o cuando, en fin, la división del trabajo tiene un carácter puramente familiar o local, dentro de esa gran familia que es la tribu, se comprende que el dinero sea innecesario, porque los bienes que se producen se reparten sin gran dificultad en un régimen de comunismo primitivo o de autoridad patriarcal. Es la ciudad, con su especialización de artes y oficios, lo que crea la necesidad del dinero, de una medida común del valor, una mercancía de unidades uniformes, en las cuales se compute el precio de la participación de cada cual en la obra productiva y el precio de las cosas, de guisa que el participe de la producción pueda escoger, hasta el importe del poder de compra que obtiene, lo que más le apetezca entre lo que le ofrece el mercado. Es entonces cuando se disocia la producción en una oferta y una demanda y aparece un mercado. Los economistas que pretenden estudiar previamente los fenómenos del mercado en ausencia del dinero para eludir las incidencias de éste, se entregan a una abstracción sin sentido.

Al crear el productor una mercancía procura que sea un producto que el mercado demande, mas él no sabe quién lo va a requerir y adquirir. El poder de compra que el patrono da a sus colaboradores, y que él mismo retiene en parte, equivale al valor del producto y constituye la cantidad justa para su adquisición, mas no es ese producto de que nace el que aquel poder de compra irá a adquirir precisamente, sino otros de valor equivalente, que, al ser producidos, habrán originado poderes de compra correspondientes que servirán para comprar aquél, realizándose así una compenetración de las diversas ramas productoras y el reparto en cantidad y calidad de los frutos de todas, con lo cual se satisfacen las necesidades y apetencias individuales en atención a los gustos de cada uno y al mérito relativo de su colaboración social. Esta es la teoría, siquiera la práctica deje mucho que desear, porque en algunos miles de años que el dinero se conoce no hemos logrado resolver su misterio ni hacerle realizar su labor de distribución automática con la perfección y justicia apetecibles.

Pero una cosa al menos debiera ser clara: Si el dinero tiene por objeto distribuir los productos, su creación no tiene razón de ser sino en tanto es simultánea con la producción de una mercancía equivalente. Que un agricultor coseche 100 hectolitros de trigo o que un tejedor labore mil metros de tela; con ese trigo y esa tela

han de aparecer las pesetas equivalentes al valor que se les atribuye para recompensar a quienes cooperan en su obtención y para que alguien tenga, el mercado en suma, la capacidad de compra necesaria para adquirirlos. Si se crearan productos y no dinero, supuesto que éste es el instrumento de su distribución, ¿cómo habrían de ser distribuidos y adquiridos aquellos productos? Si se creara dinero y no productos correspondientemente, ¿cómo se podría satisfacer la demanda de los tenedores de ese dinero?

Estas ideas parecen claras y sencillas, pero el complejo mecanismo de la economía moderna ha venido a oscurecerlas de tal modo—no poco bajo la desviación causada por los intereses particulares de corta vista—, que padecemos bajo los más atroces desarreglos monetarios y, lo que es peor, bajo la mayor confusión mental en punto al modo de salir de estos atolladeros. Los economistas han percibido que aquí hay una cuestión de cantidad, mas han desconocido que existe ante todo un problema de función dentro del organismo económico, lo cual lleva a errores enormes, porque una visión parcial e incompleta conduce a faltas mayores a veces, por más sistemáticas, que el cabal desconocimiento.

* * *

Según su función, hay que distinguir tres porciones de dinero, diferentes por su posición, por su origen y por su destino.

En cuanto a posición, uno se halla en poder de los consumidores, otro de los productores-empresarios y el tercero en manos de los capitalizadores.

Por su origen, el primero procede de la producción; es el precio de la colaboración productiva directa o indirecta. El segundo procede normalmente de la venta de los productos, porque vendiendo los que produce es como el industrial puede seguir produciendo otros. El tercero procede del ahorro, único medio de que el dinero quede apartado de las necesidades inmediatas y pueda dedicarse a otros usos.

El dinero de los consumidores se halla destinado a comprar los artículos acabados de uso y consumo (alimentos, tejidos, enseres). El dinero de los productores se halla destinado a adquirir elementos productivos (fuerzas de trabajo y materiales). El dinero de los capitalizadores se halla destinado a colocarse reportando lucro o renta.

Banco de Vizcaya

Fundado en 1901

Casa central: BILBAO

Capital escriturado .	200.000.000	de pesetas
Idem desembolsado .	104.000.000	—
Reservas	82.000.000	—

63 Sucursales.

25 Agencias urbanas en Bilbao, Madrid, Barcelona, San Sebastián y Baracaldo.

120 Agencias en diferentes provincias

Uno de los medios de conseguir esto último es ceder el dinero onerosamente para la producción o el consumo, incrementando así los fondos de productores o consumidores a expensas del de los capitalizadores. No es esto lo que nos interesa ahora. Lo que nos importa es que cualquiera de las tres porciones puede incrementarse por la creación de dinero nuevo. Y sus efectos han de ser muy diferentes en cada caso.

Si va a poder de los consumidores—generalmente a través del crédito público, pues al particular que dilapida no se le presta generalmente—es dinero creado sin producción correspondiente que pueda satisfacer su demanda; es dinero sin contrapartida, dinero que sólo hallará satisfacción disputando los productos al poder de compra nacido de la producción, dinero inflacionista.

Si va a manos de los productores, generalmente a través del crédito industrial y agrícola, lo que crea es demanda de elementos de producción y trabajo. Entonces, simultáneamente con el poder de compra que distribuye a los productores, engendra la cosa real que ha de satisfacerlo. En principio, no hay inflación ni deflación, sino equilibrio. Sin embargo, dado que las retribuciones que se pagan son en parte ahorradas, es decir, no promueven demanda, hay en la producción una oportunidad de deflación, o mejor dicho, de combatir la tendencia inflacionista debida a otras causas. La inflación es un desequilibrio entre la oferta y la demanda, entre la producción y el consumo, en favor de éste; y el único modo de pararla es restablecer el equilibrio, por una parte, limitando el consumo (alza de precios, racionamientos y restricciones, fomento del ahorro), por otra, extendiendo la producción (precios más remuneradores, estímulos y premios a la agricultura y la industria).

El dinero nuevo que va a parar a los financieros, que son los que en definitiva recogen el capital líquido para la especulación y la colocación, no es causa directa de consumo ni de producción. Su efecto es aumentar la demanda de bienes de renta (valores y fincas), en el supuesto de que se emita a un tipo de interés inferior a la renta relativa que producen. En ese caso infla las cotizaciones y determina un alza bursátil, una baja del tipo de interés que puede estimular indirectamente la inversión real de capitales. Pero ello no es seguro, porque siempre encuentra obstáculos más o menos grandes. Si se pretende favorecer la producción, es infinitamente mejor proporcionarlo directamente a los industriales y al campo, sin el fielato de los financieros.

* * *

El caso es que estas ideas que aquí expongo son familiares a los hombres prácticos, los cuales saben perfectamente y han sabido siempre—en tanto al menos que se han mantenido en una cierta asepsia científica—que es muy distinto que el dinero se cree de un modo o de otro, se le dé una u otra aplicación, y siempre se ha reconocido como un hecho de experien-

cia que el dinero empleado del lado de la producción tiene un efecto muy diferente del empleado del lado del consumo o del que sirve para alimentar las especulaciones financieras. Ha estado reservado al doctrinarismo de los cuantitativistas y de los que, sin ser cuantitativistas ni nada, les siguen por rutina, el pretender borrar esas diferencias y hacernos creer que la inflación es efecto de una masa indiferenciada de dinero y una pretendida velocidad media de esa masa, dos factores que así, en abstracto, quedan desligados de toda relación con la realidad del mercado, que ha de consistir en demandas y ofertas concretas.

La cuestión no es de interés puramente teórico; tiene la mayor trascendencia para las cuestiones de política económica.

Para un cuantitativista puro el medio de salir al paso de la inflación es no ampliar y, si se puede, reducir la cantidad de dinero, restringiendo todo crédito que puede tener como resultado crear dinero nuevo. Y es fácil demostrar que, mediante esta política simplista, se puede muy bien caer en la inflación que se pretende evitar. Porque al impedir que la producción se expanda por el crédito, se crea uno de los mayores obstáculos a que se corrija el desequilibrio que es causa del proceso inflacionista. De los dos modos que hay de corregirlo, restringir el consumo y expansionar la producción, el superior es el último, porque restringir el consumo causa pena y encuentra un límite infranqueable, en tanto que expansionar la producción engendra prosperidad, satisfacción. Por este último camino se elevan los rendimientos tributarios; por el primero no sólo disminuyen, sino que la necesidad de remediar el paro, de subvenir la miseria extrema de las clases más desheredadas, de contrarrestar las reacciones sociales del pauperismo y los efectos fisiológicos de la depauperación, obliga al Erario a gastos cuantiosos, y de este modo se origina al fin el déficit que obliga a crear el dinero en la forma más improductiva.

Los males de la política monetaria, inspirada por el simplismo cuantitativista, no sólo se han manifestado en la lucha contra la inflación, sino también en la lucha contra la deflación. En la depresión que siguió a la crisis de 1929, el presidente norteamericano Hoover trató de promover el alza de precios por el procedimiento de abrir la mano en los créditos bancarios, suponiendo que el lanzamiento de dinero al mercado, de cualquier modo que fuera, no podía tener otro resultado que aumentar la demanda. El fracaso fué absoluto. No se estimuló la demanda de artículos de consumo, porque el dinero tomado a préstamo por los particulares no suele ser para el consumo. Tampoco sirvió para fomentar la producción, porque la baja previa de los precios había destruido los márgenes de beneficio industrial, y el dinero así empleado no pagaba el interés y los riesgos. Fué menester que llegase la política más drástica de Roosevelt, que traía entre su faramalla de medidas un tanto demagógicas, dos eficaces: los grandes gastos públicos y la devaluación del

dólar en dosis masiva. Ambas tenían por consecuencia lanzar en el mercado grandes sumas de numerario nuevo destinado al consumo sin contrapartida real. Así se paró la deflación. No obstante, ambas políticas estaban basadas en lo mismo, en aumentar el dinero circulante, ambas se apoyaban ideológicamente en la teoría cuantitativa, que parecía ser también la inspiradora del *brain's trust*. Si los resultados fueron diferentes, obedeció a la manera de crear ese dinero y ponerlo en el mercado, y porque, siquiera no fuese muy deliberadamente, en el segundo caso se empleó con una función diferente.

Las políticas monetarias que no tengan en cuenta verdades tan elementales, que han sido desconocidas bajo el efecto de doctrinarismos falsos, preludian el fracaso.

La Junta de accionistas del Banco Exterior de España

En el salón de actos del Banco de España se celebró el día 23 de mayo último la Junta general de accionistas del Banco Exterior de España, ascendiendo las acciones presentes y representadas al 80 por 100 del capital social.

Existía un verdadero interés entre los accionistas por conocer la marcha del Banco, ya que desde la Junta celebrada en el año 1936, a consecuencia de la guerra primero y por imperativo de la ley después, no se pudieron celebrar estas reuniones.

En el acto a que nos venimos refiriendo, el excelentísimo señor gobernador D. Antonio Coicochea, pronunció un elocuente discurso, en el que resaltó la férvida labor realizada para el resurgimiento del Banco en la zona nacional. La situación a que ha llegado el Banco, dijo, no es debida al leal trabajo de sus empleados ni a la gestión inteligente de sus elementos directivos, ya que una y otra queda fuera de todo comentario por ser una realidad su existencia y ello hay que reconocerlo; si no a que el Banco, merced a la victoria de las tropas nacionales pudo trabajar en una España ordenada, cosa que no le sucedió en los períodos anteriores en que el desorden era el que reinaba. Como prueba de ello comparó las principales cifras que son los índices que muestran la solidez de los balances bancarios, tales como caja y Banco de España, que de 525 millones en 1935 pasó a 3.143 en 1941, cuentas corrientes, que de 630 pasó a 1.554; y créditos, que de 18 millones pasó a 491. Estas cifras de balance permitieron obtener al Banco unos beneficios por el período de 1936 a 1941 de 35.299.940,99 pesetas, de los que deducidos amortizaciones e impuestos, arroja un beneficio líquido de 23.269.205,92 pesetas con cargo a los cuales se repartieron dividendos por pesetas 4.329.433,35, que representa un 10,82 por 100 del capital, proponiéndose repartir, previa autorización, pesetas 1.200.000, o sea el 3 por 100, con cargo al segundo semestre de 1941. Además se dedican pesetas 11.500.000 a una cuenta titulada "Beneficios propiedad de los accionistas a virtud del dividendo acumulativo estatutario liquidado al 31 de diciembre de 1941, retenido por el Banco en depósito para liberación de acciones", con lo que se salda los dividendos acumulativos señalados en los Estatutos.

Digno de destacar es que por primera vez desde la fundación del Banco, el Estado participa en los beneficios del mismo con la cantidad de 1.415.727,77 pesetas, así como también el Consejo y el personal participa de los mismos, destinándose además a fondo de reserva la cantidad de 689.487,76 pesetas.

La Junta aprobó por aclamación la Memoria, balance y cuentas del ejercicio de 1936 a 1941, así como también la gestión del Consejo y la propuesta de distribución de beneficios, eligiéndose a continuación la parte electiva del Consejo, que puso sus cargos a disposición de la Junta.

La impresión causada por esta Memoria en los señores accionistas ha sido verdaderamente halagüeña, y conocemos comentarios muy favorables para la gestión del Consejo y alta administración del Banco, que siempre pusieron su máximo esfuerzo al servicio del progreso de la entidad.